inalcanzable objeto sexual de Diego, por fin se rinde y se ofrece en el umbral del desequilibrio; es cuando llegamos al principio del fin de su historia.

Frente a las apremiantes demandas de la sexualidad indomable, ciega y feroz de muchacho burgués, comprendemos que semejantes pretensiones han chocando con la imposibilidad de entrega de una mujer que ha sido herida de muerte, pues su cuerpo había sido humillado y mancillado por la infamia de una atroz violación. El odio y el desprecio que Diego siente por la muchacha, reclamará al narrador su precio en el futuro, con el peso de su propia culpabilidad. Al menos éste es un sentido que el lector no puede eludir al final de la obra, pues es la sombra que cae de pronto proyectada sobre el desenlace de la novela.

Aunque en la causa de ese desenlace esté ausente la conducta de Diego, el triunfo del narrador, como efecto final, no puede ser más amargo; aún así, encontramos que las más esplendidas páginas del libro son aquellas consagradas a su relación con Cielo, la adolescente que cura al jovencito de su pasión y celos desenfrenados. Lo que nítidamente revela *La mujer en el umbral*, a lo largo de su narración, es el grado de realización literaria alcanzado con este material, la amplitud de sus logros y la profundidad de su intento, la arquitectura que levantó como realización artística. Ahí está su riqueza y su riesgo. Asegurado un cierto grado de verosimilitud, la plenitud de la obra depende de la ejecución alcanzada. Es aquí en donde Mauricio Bonnett domeña toda la fuerza del carácter de su escritura. Él sabe como se lleva al lector al lugar en el que la experiencia literaria es una auténtica representación de la vida. Así, nada puede ser mucho o poco, nada puede ser exagerado o verificable, nada resulta natural o artificial, porque el autor sólo ha consultado sus íntimos oráculos y sólo él puede dar razones a los dioses a quienes ha consagrado y sacrificado el poder de su escritura.

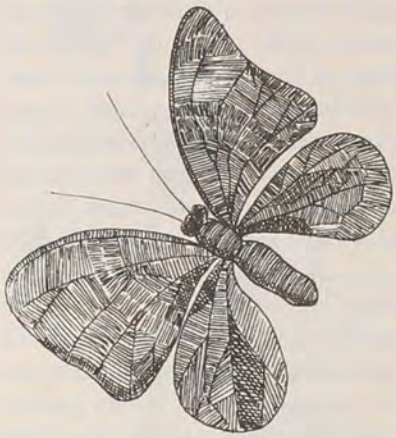
ENRIQUE
PULECIO MARIÑO

Título con un género fallido

Mujeres inolvidables: ensayo
Flor Romero
Editorial Códice Ltda., Bogotá, 2006, 175 págs.

Por ahí hay algunos que defienden la objetividad. Se trata de positivistas de diversas estirpes y pelambres que parecen desconocer la teoría general de la relatividad de Einstein según la cual, y dicho en palabras extremadamente sencillas (tal vez simplistas podrá argumentarse), ni siquiera en una observación "científica" de partículas subatómicas puede quedar por fuera el punto de vista del observador, el cual afecta la percepción que se tiene, por ejemplo, del movimiento de la partícula en observación. Y si esto ocurre en el llamado campo científico, ¿qué podrá decirse, entonces, de aquellos dominios declaradamente más subjetivos como son la crítica literaria? Que nadie venga a decir que en este campo no influye de manera contundente el estado de ánimo con que uno lee un libro, su bagaje personal, sus preconceptos, lo que está leyendo simultáneamente y lo que ha leído antes...

Empiezo esta reseña así porque en lo que se refiere al libro de Flor Romero son muchas las subjetividades que me han asaltado y, tal vez por respeto a una escritora tan prolífica, debo aclarar antes de hacerlo, que me voy a ir lanza en ristre contra su última colección de "ensayos", *Mujeres inolvidables*.



Y quiero empezar por el nombre mismo: es engañoso ponerle a este libro el subtítulo de ensayo (así esto esté avalado por el profesor de la Universidad de la Sabana, Bogdan Piotrowski, quien hace el prólogo del libro) porque lo que Flor Romero nos endilga no es una colección de ensayos. El ensayo tiene unas características específicas como género literario (en general la exposición y argumentación de una hipótesis), y estas características ni siquiera se tienen en cuenta en forma somera en estos textos. Bueno, tal vez siendo más benevolente, podría decirse que lo de Flor Romero son ensayos informales, toda vez que una de sus características es que son incompletos, pero incluso esta benevolencia no halla mucha justificación en la realidad, excepto la mencionada: el hecho de ser incompletos.

Lo que Flor Romero incluye en esta colección son semblanzas, esto es, retratos gráficos de algo o alguien

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

(y mi aseveración puede quedar corroborada, entre otras, por las, ajá... feas ilustraciones en plumilla que decoran cada una de dichas semblanzas). Tal vez si la autora hubiera llamado a los textos por su nombre, la molestia al leerlas sería menor... Pero no. Se llaman ensayos y analizados desde esta perspectiva no obtienen un puntaje mayor a 1 en una escala de 1 a 10. ¿Por qué?

Porque no hay investigación que los respalde, porque no arrojan luces sobre ningún personaje, porque no debaten diversas miradas sobre un tema, porque no hacen nuevos aportes, porque no tienen enfoque, porque pedagógica y literariamente son pobres, porque tienen errores históricos como este: "A principios del siglo XIV Mariano se encontraba en España como coronel del Monarca *Carlos V*, y en Bilbao conoció a Teresa Lasinay, una joven francesa que huía de las cruentas *guerras napoleónicas...*" (Los subrayados son míos. El texto citado aparece en la semblanza de Flora Tristán: "Flora Tristán: la rebelde franco-peruana", págs. 47 a 63). Pues me da pena aclarar el error, pero me siento en la obligación de hacerlo: Carlos V, también conocido como Carlos I de España, nació en 1500 y murió en 1558 y su mandato (rey de España, rey de Nápoles y Sicilia, rey de los Países Bajos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico) duró de 1516 a 1556, año en el que abdicó a su imperio. Por su parte, las guerras napoleónicas, llamadas así por su propiciador, Napoleón Bonaparte, tuvieron lugar entre 1802 y 1815, razón por la cual Teresa Lasinay, en esa época, no podía estar huyendo de las "cruentas guerras napoleónicas". La investigación que sustenta estos escritos es muy pobre, como se puede concluir, y Wikipedia con seguridad y con todos sus problemas de falta de editor, puede dar información más certera sobre el personaje.

Además de la semblanza sobre Flora Tristán, el compendio incluye semblanzas de varias heroínas y mártires de la historia: Policarpa Salavarrieta, sor Juana Inés de la Cruz, Antonia Santos, Catalina de los Ríos, Anacaona, Josefa del Castillo, Carlota Armero, La Gaitana, Mercedes Ábrego, la cacica Sotatá, la india Catalina, Manuelita Sáenz, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Azurduy, María Concepción Loperena y Teresa de la Parra.

Ninguna de estas semblanzas es iluminadora o arroja siquiera nuevas luces sobre alguno de los personajes. La mayoría vuelve sobre los lugares comunes (lo ya requeteconocido) y, cuando no lo hace, son extractos de otros relatos de la autora, no los más brillantes, tomados de novelas suyas, según deduzco, conclusas e inconclusas... Pero el viejo truco de la autocita no resulta nada agradable aquí, sobre todo porque no se nos explica qué es autocita y, entonces, a uno le toca jugar a las adivinanzas y a las extrapolaciones y arriesgarse a decir que lo que está en itálicas dentro del texto son citas in extenso de otros libros de la autora.

Las semblanzas de los personajes indígenas, que suenan como las más prometedoras, en tanto no son personajes tan conocidos, contribuyen ya a la total decepción frente al libro. De Anacaona no aprendemos nada que no nos haya dicho más bellamente la canción de Cheo Feliciano que lleva el nombre de esta princesa taíno; de la india Catalina preferimos recordar la estatuilla que se otorga como premio del Festival de Cine y Televisión de Cartagena; de la Gaitana, tal vez resulte más entretenido y pedagógico tomar un bus en Bogotá que nos lleve al barrio La Gaitana en Suba; de la cacica Sotatá no es mucho lo que se dice en página y media, y así por el estilo.

Francamente, Flor Romero debió haber investigado más, debió tomarse un poco más de tiempo para publicar su libro, debió haberle trabajado con más rigor, para no tenerse que hacer este doloroso haraquiri enfrente de su lectores y, de paso, enterrarle la misma daga a estas mujeres inolvidables a las que pretende relatar y con las que nos quiere cautivar.

Si su intención, como dice el profesor Piotrowski en el prólogo, es "revaluar la imagen de las protagonistas de la historia y presentarlas como modelo para las jóvenes", Flor Romero se pifió. No creo que ninguna joven o adulta se sienta inspirada por estos retratos contados con una pluma convencional y patriotera, sin ningún análisis histórico, sin ningún dato interesante y con errores (para no mencionar los de ortografía, digitación, sintaxis y gramática) como el que he mencionado anteriormente.

Al principio de esta reseña hablaba de cómo influyen el contexto y el estado de ánimo cuando uno está leyendo algo. Debo aclarar porqué lo dije: simultáneamente a la lectura de esta colección de retratos hablados estaba leyendo un libro de Montserrat Ordóñez, *De voces y de amores*, una excelente colección de ensayos cuyo propósito de revaloración de las mujeres coincide con el propósito del libro de Flor Romero. Mi ánimo frente al libro de la profesora Ordóñez era de admiración no sólo por el contenido sino por la elegante y transparente prosa con la que desarrolla dicho contenido, por su precisión investigativa, por la forma amena en que aborda temas complejos de la literatura que incluso pueden ser entendidos por personas cuyo oficio no es el análisis de la literatura... Sé que las comparaciones son odiosas... pero también inevitables: el texto de Flor

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Romero no es ni una pálida sombra del de Montserrat Ordóñez, y si bien la primera cumple con creces su propósito de revaloración de las mujeres, Flor Romero logra el efecto inverso: que todos queramos salir corriendo hacia otro lado y que concluyamos que nuestras clases de historia de tercero de bachillerato eran más informadas que estos textos... Con libros así, ¡que muera la literatura y viva la Internet!

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Libros engañosos

El nuevo diccionario de la Ch
Eduardo Arias y *Karl Troller*
Aguilar, Bogotá, 2005, 296 págs.

No se distingue Colombia por el buen humor, sino por la violencia, hasta el punto de que un supuesto diccionario humorístico de la Ch se convierte en violento por su agresividad. Bogotá y Medellín han sido consideradas desde siempre como las ciudades más chismosas del país, donde un pretendido falso humor sirve para atacar irresponsablemente, sin el menor miramiento por la veracidad y la decencia, ya que no la elegancia (palabra totalmente desconocida). Los humoristas colombianos no creen que el humor tenga nada que ver con la verdad, o mejor, piensan que el humor les exime de toda responsabilidad al lanzar sus afirmaciones y acusaciones en tono jocoso.

El humor como diversión, crítica inteligente y censura social, y como forma de soslayar el fastidio y la desazón, por causa de nuestras desgracias fue sustituido por un carácter sombrío y desesperanzado, cuando no la franca desfachatez. Y no es necesario repetir la lista de esas desgracias, que pusieron la nación entre paréntesis, a la espera de un dudoso futuro. A simple vista parece un país festivo, para contar después de cada jolgorio los muertos y las tragedias.

El diccionario de la Ch es un insulto al buen gusto. Tiene un humor amargo y repulsivo. Libro de entretenimiento malsano, concebido para envenenar al lector. Atractivo en apariencia, como toda estafa, desprestigia un sello editorial de importancia. El humor colombiano actual, hecho por gente del montón para el montón de la gente, aparece pleno de ira e insania, injurioso y destructivo. Primitivo por tanto, inmaduro. Debiera ser sometido a revisión el fuero de que han gozado los humoristas para caricaturizar y desacreditar impunemente, sin verse obligados a sustentar nada, ni a ofrecer prueba alguna de sus denuncias públicas, con lo cual la calumnia permanece vigente.

El pretexto de la obra consiste en defender para el español la permanencia de la supuesta letra Ch, que los autores consideran amenazada de extinción, porque se confunde un sonido con una letra. En los idiomas son comunes los fonemas que se representan con dos letras o signos, como la doble ele, o la doble ere, por lo cual pudieron haber emprendido también los diccionarios de la elle y de la erre, que están en el mismo caso de la Ch. La intención, pues, no fue lingüística, sino periodística.

Se dice que, puesto que se trata de un libro humorístico, no se debe tomar en serio. Sin embargo, en serio y en broma, es de todos modos un diccionario. Un espurio diccionario, porque se refiere a una letra inexistente, como se comprueba en la computadora, y que además no está considerada sólo como inicio de palabra, sino que puede encontrarse en cualquier sílaba de la misma, con el propósito de obtener mayor número de páginas para vender más papel. De ñapa (los autores, que defienden el español, dicen *bonus track*), se agrega al final la eñe, por confusión fonética, para que el volumen sea ñoño, además de chocante, chambón y chabacano.

Puesto que se dice exhaustivo, extraña que no aparezcan algunas palabras comunes, como *Chocho*, que posee varias acepciones. Igualmente resulta rara la inclusión de términos que no son del español, sino marcas comerciales, o nombres y apellidos entremezclados en la lengua común. Pero claro está que una obra como ésta queda por fuera del rigor académico. Para empezar, se titula *El nuevo diccionario de la Ch*.

El texto promocional de la contratapa merece alguna glosa. Al idioma español se le denomina castellano, dilema que desde hace mucho tiempo quedó resuelto. La Academia se llama "de la Lengua Española", y la gramática y los diccionarios se llaman "de español". Luego dice que los académicos no se deciden acerca de si la *Ch* es o no es una letra, desconocimiento que sorprende, o tiene por único objeto justificar el diccionario. Componer diccionarios al margen de la lingüística constituye una audacia que conlleva riesgos. ¿A qué clase de lectores se dirige la obra?

En definitiva, el diccionario es una tomadura de pelo, con introducciones y definiciones chistosas, y un

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.